

najes. En toda esta sucesión de escenas hay que exclamar á cada paso como Voltaire leyendo la *Fedra* de Racine:—¡Admirable! ¡Admirable!

Es imposible señalar. Todo es igualmente hermoso, el *raconto* de Rayo de Luna, de tan intensa poesía; el discurso de Foix á los inquisidores, de tan vigorosos acentos; el terceto, en que el poeta, la morisca y el héroe conciben una ilusión redentora, pronto desvanecida; la sombría y tétrica frase de los inquisidores; no sé qué más decir; pero si se me obligase á precisar entre tanta y tanta joya, escogería el *raconto* de la juglaresa, porque en él precisamente vuelve á triunfar la *música natural*, diciendo nuevamente: «Yo soy la fuente eterna, incesante creadora de vida y de belleza.»

## VI

## Tercera parte

La jornada de Panisars

Siguiendo el camino que desde Perpignán llega hasta Barcelona, se atraviesan los Pirineos por el desfiladero de Panisars, lugar memorable por la espantosa derrota que en él sufrieron las huestes del rey de Francia. Allí se encuentra la aldea de *La Junquera*, y precisamente por semejante paso, en 1285, cuarenta años después de los sucesos anteriormente narrados, el ejército de Felipe el *Atrevido*, tras una vana tentativa de apoderarse de Cataluña, se alejaba en vergonzosa retirada. El monarca francés se hallaba moribundo, y Pedro III de Aragón, aquel rey caballero, que según dijera Dante: «*D'ogni virtù portó cinta la corda*», en un arranque de generosa hidalguía le había concedido paso franco. Mas el monarca aragonés no contaba con el odio innato que sus valientes almogávares sentían contra todo lo extranjero, y apenas el rey de Francia, portador del salvoconducto real, hubo pasado, las valientes mi-



licias, á pesar de la prohibición real, cayeron sobre la retaguardia del ejército francés y la destrozaron por completo.

Balaguer, fusionando el hecho histórico con la fantasía poética, hace que la señal del combate sea dada por Rayo de Luna, la juglaresa morisca, venerable anciana que desea vengar á todo trance la derrota de Muret. Gracias á este recurso, que encaja perfectamente en el carácter de la protagonista, las tres partes del poema forman, á pesar del tiempo transcurrido, un conjunto armónico y homogéneo. La cautiva de las Navas será el *Deus ex machina* de la victoria, y en la lucha terrible la gentil palmera del Mediodía rechazará nuevamente las pretensiones del pino del Norte.

Para dar más interés á la trama, figura en la acción una joven siciliana que, enamorada del rey de Aragón, se ha disfrazado de almogávar, y cual simple soldado de última fila sigue á su bien amado por doquiera. La poética creación tiene, si no un fundamento histórico, al menos una tradición literaria. Boccaccio, en su delicioso *Decamerón* (*Il re d'Aragona. Novella VII, della X giornata*), nos cuenta el hecho que aprovechó Alfredo de Musset para escribir su deliciosa comedia *Carmosine*. La siciliana Lisa, ó sea el almogávar Lisardo, es uno de los personajes mejor delineados del drama lírico, y tan sólo su romanza de la estrella resulta de una línea melódica tan pura y serena, que causa la impresión más profunda y

duradera. Pudiera decirse de ella lo que Aristoteles decía de su amada: «*Induitur, formosa est; exuitur, ipsa forma est*», frase que yo traduciría en la ocasión presente: armonizada, la melodía es bellísima; pero ya en sí sola resulta la hermosura misma. Y puesto que de este particular me ocupo, creo conveniente precisar las diferencias tan grandes que existen entre el drama lírico wagneriano y el drama lírico concebido por Pedrell. El maestro alemán apenas si da valor al elemento vocal, en tanto que el maestro español—el fragmento indicado lo demuestra—concede gran virtualidad al canto.

Esta tercera y última jornada de la trilogía, constituye una maravilla de color, animación y vigor épico. El fondo del poema se manifiesta en toda su amplitud simbólica y Rayo de Luna alcanza proporciones gigantescas. «Canta y reza», según nos dice, y al decirlo parece adivinar aquel profundo concepto de Goethe: «La música litúrgica y la música popular son los dos polos sobre que debe girar el arte musical.» Frase que confirma y sanciona las teorías del maestro Pedrell.

Á pesar de que no quiero hacer crítica técnica, paréceme inconveniente dejar de señalar á la atención de los músicos la instrumentación ponderada y perfecta que emplea el ilustre compositor español. Fijándose con detención, se encuentran verdaderos hallazgos en la fusión de timbres y sonoridades. La primera vez que se expone en la



orquestra el tema lindísimo de la canción de la estrella, es cantado por la flauta y el corno inglés á dos octavas de distancia, y el efecto es delicioso. Una vez conocido, resulta en extremo sencillo, pero hasta el día no se le había ocurrido á nadie, que yo sepa.

Sin ser de lo mejor, pero sí de lo más característico, el canto de guerra de los almogávares produce gran impresión. Es un himno de triunfo, vibrante, lleno de fuego y brío, en el que el heroísmo se confunde con la fe. El compositor, para componerlo, se ha inspirado en tres motivos de bien distinto origen: la canción catalana de la *Batalla del rey moro*, un llamamiento á la oración propio del rito mahometano y una *Kaaba* ó danza sagrada oriental, de ritmo vertiginoso y endiablado, que ya había sido usada por Beethoven en sus *Ruinas de Atenas*. Á pesar de su colorido brillante y ampuloso, la página se impone por su salvaje grandeza, y en este himno valiente y decidido se manifiesta el alma de la raza ibera. Es notable de todo punto la alternación del modo mayor victorioso con el modo menor vengativo.

Tengo por imposible hacer un análisis detallado de esta parte de *Los Pirineos*, puesto que por su exceso de vida se escapa á las formas convencionales de la crítica. Es un cuadro de luz que subyuga y avasalla, y que su misma exageración hace más verdadero. Así debían ser los fieros almogávares conquistadores de Sicilia, y su grito

terrible: *¡Aur, Aur, desperta ferro!* traducido musicalmente por Pedrell con singular poder adivinativo, se queda impreso en la mente de quien lo escucha de modo indeleble.

Pero como siempre, lo más bello es lo que canta Rayo de Luna. La anciana juglaresa ha adivinado en el gentil Lisardo á la joven enamorada, y con delicadeza suma, como una abuela acariciando á un nietezuelo, la obliga á confiarle su secreto. Ella es capaz de comprenderlo. Si Lisa ama á una estrella, ella ha pasado su vida amando los Pirineos, barrera infranqueable que defiende la patria del enemigo, y como ya presente la hora del triunfo, comprende que su misión ha terminado, y cantando con acento plañidero la melancólica *Canción de Juana*, cava su propia fosa. ¡Con cuánta indignación escucha la conferencia que celebra el almirante Roger de Lauria, delegado del rey de Aragón, con Roger Bernardo III, décimo conde de Foix, representante del monarca francés! El hijo ha traicionado la causa paterna, pero Rayo de Luna ejecutará la venganza y sabrá castigar.

Creo conveniente insistir sobre el valor de la escena entre el almirante aragonés y el representante de Felipe el *Atrevido*, perfectamente construída musicalmente sobre un ritmo de marcha, noble y caballeresco. Que una de las cualidades más relevantes de *Los Pirineos*, y en este concepto puede afirmarse que muy pocos dramas líricos



llegan á igualarlos, consiste en la verdad y consecuencia con que están mantenidos en todo el proceso de la partitura el color local y el carácter de época, distinguiéndose siempre por su nobleza y elevación, por la ausencia total de lugares comunes y fórmulas convencionales y sobre todo por el enlace perfecto de los temas característicos con la situación escénica, la idiosincrasia de los personajes y el desarrollo del poema. Mucho tiene que estudiar bajo este aspecto la partitura de Pedrell, que debe ser considerada como un modelo de drama lírico acabado y perfecto.

La conclusión de la hermosa obra es espléndida: el drama termina con la entrada triunfal de Pedro III de Aragón, rodeado de sus tropas vencedoras. Ante el héroe glorioso, libertador de la patria y señalador de nuevos derroteros, Rayo de Luna se humilla. Ha terminado su obra; los Pirineos son libres y puede morir tranquila, así que sin vacilar se arroja en la fosa que para sí misma abriera. El pueblo en masa acude á celebrar la victoria, el himno de triunfo resuena libremente, y para que en conjunto tan alegre no falte la nota delicada de melancólica tristeza, la pobre Lisa, enamorada de una estrella, saluda á su ideal que pasa, rodeado de gloria y de grandeza, triunfante y victorioso, ajeno por completo á aquella pasión dolorosa y desesperada. En este final alternan, se cruzan, compenetran y funden con verdadera maestría todos los motivos dominantes, contras-

tando las frases dulces de Lisa con los arranques épicos de Rayo de Luna y con las belicosas llamadas de trompas y trompetas, que tan gran papel representan en esta jornada.

El himno final resulta digna coronación del grandioso edificio, que visto en su conjunto constituye un verdadero monumento de nuestro arte nacional, del que podemos enorgullecernos con completa justicia. Por la amplitud de estilo, por la sinceridad de la inspiración, por la fuerza sugestiva y creadora, por la ausencia de toda concesión á la vulgaridad ambiente, y más que por nada por la originalidad, madurez de pensamiento y grandeza de la concepción, la partitura de *Los Pirineos* viene á ser un fenómeno único en el arte moderno de alta significación artística. Pues guste ó no guste, que en esta cuestión nada hay escrito, lleva en sí misma su propia vida, y como el principio que canta, la patria, durará mientras haya corazones capaces de sentir.

Y es cierto que al escuchar el himno victorioso de los almogávares, celebrando la redención de la tierra nativa, los corazones se abren á ideas de consuelo y llegan á concebir la esperanza de días mejores. Bienaventurado el artista que fortifica y alienta en momentos de tristeza, pues sabe cumplimentar la parte más sagrada de su misión en la tierra.



### La representación y sus consecuencias

He tratado de exponer en mis precedentes artículos las innumerables bellezas de la ópera compuesta por el ilustre maestro español, la alta trascendencia de los ideales que la inspiran y la legítima y verdadera importancia que tiene para el arte nacional. Si no he logrado un fin muy superior á mis fuerzas, y así me complazco en reconocerlo, he procedido con completa buena fe, movido de mi amor hacia lo que desde hace diez años juzgué como una empresa levantada, noble y generosa: la creación de una escuela musical genuinamente española. Después del estreno de *Los Pirineos*, tras repetidas audiciones, en las que he podido apreciar el creciente interés y la profunda impresión que aquella música tan robusta, sólida é inspirada causaba en el público, he ratificado con gusto mi primitiva opinión. Es preciso ser ciego de nacimiento para negar la luz, y sería necesario proceder con absoluta mala fe y falseando descaradamente los hechos, para no

rendirse á la evidencia. Pese á quien pese, tenemos ópera nacional, y lo que es más, una base fortísima que señala un punto de partida: que la nueva obra, sancionada por la opinión imparcial y recta de los principales críticos de Europa, es grande en sí y aun más grande por lo que representa.

Desgraciadamente, en nuestro país, si abundan los ciegos de nacimiento, aun son más numerosos los «ciegos de profesión», como dijera el ilustre Eximeno, con tanta gracia como oportunidad, hablando del padre Nasarre, y como tengo por seguro que esta mayoría, escéptica por ignorancia y frívola por temperamento, tardará mucho tiempo todavía en darse cuenta de que tenemos una representación artística completamente nuestra, creo prudente aconsejar á las personas serias y juiciosas que no juzguen este particular con ligereza, y que lean lo que la crítica ha dicho, pues que, salvo alguna nota discordante inevitable, todo el mundo, lo mismo los extranjeros que los españoles, reconocen con absoluta unanimidad que *Los Pirineos* constituyen la manifestación artística más seria y trascendental que hasta el día se ha llevado á cabo en España, añadiendo que aquellos á quienes les sea posible leer la partitura impresa lo hagan sin escrúpulo alguno, con la completa seguridad de que me agradecerán la advertencia.

Buena prueba de cuanto afirmo es la impre-



sión causada la noche del estreno, á pesar de que la hermosa obra fué representada en pésimas condiciones, conforme á una costumbre ya inverterada en nuestros teatros. Falta de ensayos, con masas corales reducidas, con una orquesta insuficiente, con algunos artistas improvisados, y para colmo, con una presentación escénica defectuosa, sin tener en cuenta que, dadas las condiciones del drama lírico moderno, es de imprescindible necesidad que todo, absolutamente todo, decoraciones, efectos de luz, trajes, acción mimica, etcétera, etc., contribuyan unánimemente á producir el efecto deseado por el poeta y el compositor. ¡Ah, si *Los Pirineos* hubieran sido representados como merecían! Tengo por seguro que el efecto hubiera sido triple, dado que, no obstante ciertos detalles verdaderamente ridículos—tal es la calificación exacta—, la inmensa vitalidad de la grandiosa concepción ha llegado al público, que con un criterio justo ha apreciado en su valor real y efectivo todo lo que las deficiencias de la interpretación le han consentido.

Sólo una de las intérpretes, la señora Parsi Petinella, ilustré creadora del personaje de Rayo de Luna, ha estado á la altura de su cometido. Actriz y cantante de primer orden, poseedora de una hermosa voz de mezzosoprano, ha sabido entender, lo que habla muy alto en favor suyo, el interesante tipo de la heroína. Su nombre quedará unido á esta fecha gloriosa y memorable de la

historia de nuestro arte. Obrando con rectitud, se debe reconocer que algunos otros intérpretes cumplieron muy bien y demostraron excelente voluntad. Tan generoso esfuerzo les debe ser tenido en cuenta.

Entre ellos figuran la señorita Grassot, que aunque falta de autoridad representando á Ermesinda de Castellbó, dijo con bastante poesía la delicada parte de Lisa; el barítono señor Bensau-de, cantante de valía, que desempeñó con bastante acierto el bardo de los Pirineos, Sicart de Marje-vols y el almirante Roger de Lauria; y el tenor señor Iribarne, muy discreto Miraval, aunque no tan afortunado conde de Foix. Este último merece elogios por lo bien que cantó y representó su amoroso coloquio con Brunisenda de Cabaret. Respecto del señor Escurcell, que se encargó de la parte de protagonista cuarenta y ocho horas antes del estreno, debe dispensársele mucho, pues realizó una verdadera proeza. El personaje de Roger Bernardo de Foix, un tanto obscurecido en las primeras representaciones, comenzó á tomar mayor relieve cuando fué desempeñado por el señor Grani, y entonces el público pudo saborear las grandes bellezas que encierra la segunda parte de la trilogía. Quien merece toda suerte de aplausos es el maestro señor Goula, que ha puesto incondicionalmente todas sus facultades y su larga experiencia al servicio de la obra pedrelliana, trabajando con gran entusiasmo, lo-



grando á fuerza de constancia vencer prevenciones injustificadas y consiguiendo en resumidas cuentas verdaderos milagros.

No obstante haberse visto tan sólo por una mala fotografía el grandioso cuadro lírico concebido por la poderosa fuerza creadora de Pedrell, *Los Pirineos* se han impuesto y el éxito franco y espontáneo de la primera noche ha ido creciendo de día en día. La prensa de Barcelona, con todos sus diversos matices, si hace reservas sobre el libro, es unánime en reconocer la bondad indiscutible de la música. Á nadie se oculta que la nueva obra, inspirada en altos ideales patrióticos, había de despertar ciertas susceptibilidades por parte del elemento modernista catalán, que aun en materia de arte se complace en fomentar el odio entre los hermanos. Pero la belleza y la bondad son fuentes de luz y la luz disipa las tinieblas, y el genio de Pedrell ha acabado por triunfar en toda la línea, imponiéndose á todos sin distinción de clases ni de ideas. Como prueba de cuanto afirmo, me limitaré á copiar lo dicho en el *Diario de Barcelona* por el señor Suárez Bravo, uno de los contados críticos musicales que en España existen: «Repetimos que ese éxito clamoroso del momento que se produjo al terminar el prólogo y en otros varios pasajes de la obra, no era necesario. No; la obra del insigne maestro es de las que labran surco de un modo lento, pero seguro; y mientras labra el surco ya deposita

en él el germen, porque lo lleva latente, pero lleno de promesas para el porvenir.»

¿Se realizarán tales presagios? En principio creo que sí. Pedrell se halla aún en plena fuerza creadora y puede y debe dar hermanos á sus grandiosos *Pirineos*. Un grupo de discípulos suyos, entre los que figuran artistas de tanta valía como Albeniz, aplaudido en el mundo entero; Granados, á quien Massenet llamara el Grieg español; Luis Millet, Domingo Mas y tantos y tantos otros, pueden y deben también seguir las huellas del maestro, trabajando con fe y entusiasmo, aunque sin grandes esperanzas. Porque ¿á qué negarlo? aunque la generalidad reconozca que estamos al principio de un renacimiento de nuestro arte, tengo por seguro que tan generosos esfuerzos no hallarán ni protección ni amparo.

Por el pronto *Los Pirineos* deberían ser representados en Madrid, para que la capital ratificase el éxito obtenido en Barcelona. Después conveniría que se abriesen nuestros teatros, si no con esplendidez, al menos con generosidad, á los jóvenes compositores que deseen trabajar, teniendo en cuenta que los genios se forman poco á poco, y que por una obra maestra que se produzca, se encuentran una infinidad de obras medianas. De las innumerables óperas que se estrenan en Italia, Francia y Alemania todos los años, apenas si una ó dos llegan á nosotros, y muchas veces la



partitura seleccionada con tanto esmero, resulta de muy relativo valor.

Cultivemos nuestro jardín. Adoptemos la divisa del maestro Pedrell. *Por nuestra música sea el santo y la seña de los aficionados al arte de los sonidos, y yo confío que el esfuerzo de todos será productivo y que en breve la música española será de nuevo tan grande como lo fué cuando Morales, Guerrero y Victoria admiraban al mundo.*

Mas para realizar tan hermoso ideal hace falta la desinteresada cooperación de todos. Los músicos, por su parte, cumplirán su misión estudiando música y otras muchas cosas que aunque no lo parezca hacen también falta para componerla con criterio y discernimiento. El público, á su vez, dejando á un lado toda prevención injustificada, escuchando con benevolencia y juzgando sin prejuicios, que no todo cuanto á diario aplaude es prueba de su buen gusto. El primer monumento de nuestro arte que ya existe, y son *Los Pirineos*. Acojamos, pues, la obra con cariño y aplaudámosla como merece, sin preocuparnos de aquellos que teniendo ojos y oídos, ni quieren ver ni quieren oír. Para tales seres es inútil que nazca la primavera ó que salga el sol.

### Post-scriptum

Nada tengo que añadir á cuanto he dicho. La temporada de invierno del teatro del Liceo de Barcelona ha terminado, y en sus cincuenta representaciones *Los Pirineos* fueron ejecutados *once veces*. La prueba clara y terminante del éxito no puede ser más contundente.

He asistido á siete de dichas representaciones, y en cada una de ellas he visto el creciente interés del público sincero y de buena fe que acude al teatro libre de prejuicios y sin reticencias de mal género. Los aplausos—lo afirmo lealmente—han aumentado de día en día, y fragmentos que en las primeras audiciones no fueron apreciados de modo conveniente, causaron, al ser mejor conocidos, extraordinario efecto. Pero el respetuoso silencio del público que escuchaba la partitura con marcada atención, me parece la demostración más palmaria que pueda exigirse de que se daba plenamente cuenta de la importancia y grandeza de la obra, y que pretendía percatarse á conciencia de sus innumerables bellezas. Hay que reconocer que, como siempre, nuestro pueblo dió pruebas de su fina perspicacia y de su intuición maravillosa.



Por su parte, la crítica barcelonesa se mostró unánime en juzgar la creación pedrelliana como de mérito singular, reconociendo al propio tiempo toda su legítima trascendencia. Pudo haber distingos y vacilaciones en cuanto á las tendencias del poema, pero en cuanto concierne á la obra musical, todos á una convienen en que se trata de la manifestación artística más importante que hasta el día se ha realizado en España.

Al llegar aquí, quiero consignar mi gratitud á mis compañeros—hoy mis amigos—los críticos musicales de Barcelona, dedicando un cariñoso recuerdo á Isaac Albeniz y Enrique Granados, dos artistas insignes; á don Francisco Suárez Bravo, el culto y elegante escritor; á don Salvador Samper y Miquel, tan ingenioso como erudito; á don Joaquín Pena, el denodado campeón del wagnerismo; á los señores Roca y Roca, Lamothe de Grignon, Borrás de Palau y tantos otros que me distinguieron y agasajaron sobremanera. Á todos ellos gracias sinceras, con la seguridad de que sus nombres quedarán unidos al recuerdo de un acontecimiento para mí inolvidable.

Y cumplido este grato deber, sólo me resta despedirme del lector pacientísimo que me haya leído hasta el fin, deseándole en justa recompensa de haber soportado mi desabrida prosa, que pueda escuchar algún día *Los Pirineos* y saborear sus innumerables bellezas, asegurándole que si procede de buena fe y no se deja influir por ridículos

prejuicios, acabará por exclamar conmigo: *Ya tenemos ópera española.*

*Barcelona-Madrid, Enero de 1902.*

### Otrosí póstumo

No faltará quien se pregunte cómo después de tamaño éxito *Los Pirineos* no han vuelto á ser representados. La explicación es obvia, y se reduce á que la absurda constitución de nuestros teatros líricos no lo consiente. Cuestión es esta capital y de importancia definitiva para la vida del arte nacional. Nada podrá perdurar mientras las compañías no tengan una base fija y determinada. En efecto, ¿cómo llegar á formar un repertorio con artistas advenedizos, contratados casi siempre por un escaso número de funciones y poco dispuestos á estudiar ninguna obra nueva? Además, los cantantes italianos que pululan por nuestros teatros suelen por lo general ignorar los más elementales rudimentos de la música. La Naturaleza suele dotarlos pródigamente, pero ellos hacen bien poco por justificar y agradecer tamaños dones. Cuanto más saben cantar dos ó tres partituras—si es que las saben—aprendidas de memoria á manera de doctrinos ó papagayos. Por esa razón estamos condenados á oír de continuo las mismas obras,



sin salirnos jamás de un círculo vicioso. Si por casualidad se hace algún pinito, la representación de *Los maestros cantores* en Madrid ó de *Los Pirineos* en Barcelona, el hecho equivale á una raya en el agua. Tiempo y dinero perdidos, pues á la temporada siguiente es casi seguro que no volverán á reunirse los elementos necesarios para reproducir el acontecimiento.

Desde hace veinte años la base del repertorio de nuestros teatros es la misma. Una serie de antiguallas trasnochadaa que ya nadie soporta en ninguna parte del mundo. He tenido ocasión de visitar los primeros teatros de Europa, y en todas partes he oído cantar en el idioma nacional. Así sucede en Italia, Francia, Alemania, Rusia, Suecia, Dinamarca, Holanda y Bélgica (pues existen teatros de ópera flamenca con vida y repertorio propio). Sólo en España hemos de vivir de prestado y pagar un tributo ominoso á un arte anticuado que ya no es ni con mucho el primero del mundo.

¿Podrá darse prueba mayor de nuestra inmensa y abrumadora incultura?

Por eso mismo, ya que no queremos reaccionar, habremos de soportar resignados, como tantas veces ha sucedido, que los extranjeros, sonriéndose de tamaña ignorancia, vengan á enseñarnos lo mucho bueno que tenemos en casa sin saberlo apreciar.

*Noviembre 1909.*

## LA GUITARRA ESPAÑOLA Y MIGUEL LLOBET